



### LA REINA MAB.

¿QUIEN no ha conocido las ilusiones del sueño? ¿quién no ha visto algun ser extraño y misterioso de lindísimas alas, con un semblante encantador, y una sonrisa inefable? ¿quién no ha levantado palacios mientras dormía, soñando imperios é inventando felicidades? ¿quién, por último, no ha amado el encanto que nos oculta algunas veces con sus hermosas ficciones las tristes realidades de la tierra?.....

Sobre todo, los niños se dejan arrebatar fácilmente por la fantasía, y lanzados en los espacios imaginarios, abren su tierna imaginación á esas encantadoras visiones que dejan dulcísimos recuerdos en el corazón humano. Creemos, pues, que agradará á nuestros jóvenes lectores lo que vamos á contarles acerca de este poder misterioso é invisible.

Hace unos seis años que el que esto escribe conoció en Cádiz á una familia inglesa, la cual había abandonado las densas nieblas del Támesis por el brillante sol y las azuladas nubes de la Andalucía. Una niña, que apenas tendría siete años, era el encanto de aquellos buenos ingleses, y por cierto que Leopoldina merecía el cariño de cuantos la trataban. Blanca como la azucena, rubia como un serafín, viva, amable y saltadora, se atraía las miradas y las caricias de cuantos conocían á sus ilustrados padres.

Sin embargo, Leopoldina fué perdiendo poco á poco su vivacidad, aumentóse su palidez, y en su frente, tan pura como el cáliz de una flor, fué á grabarse una nube de tristeza que nadie sabía á qué atribuir. Acababa yo de leer en una obra inglesa, tan amena como instructiva, que los niños británicos tienen una hada llamada la Reina Mab, á la cual invocan al tiempo de dormirse, como pudieran hacerlo al arcángel de la Guarda.

Un día, pues, hablé á Leopoldina casualmente de esa hada, y apenas oyó su nombre rompió á llorar amargamente. Pregunté á la afligida niña la causa de su desconsuelo, y me dijo que la Reina Mab se la había aparecido muchas veces en su patria; pero que no la había vuelto á ver desde que residía en España, siendo esta la causa de su tristeza y abatimiento. Entonces la rogué me contase alguna de sus visiones, y hé aquí lo que me dijo con su voz argentina y en el idioma de su país:

«Una noche de mayo de 1827, hacia una luna muy clara, y yo me hallaba en mi lecho, cuando de pronto ví á la Reina Mab que acercándose á mí me miraba con cariño. Después de contemplarme un momento, puso sus labios en mi frente, y conocí que me volvía tan chica como ella, pues la Reina Mab cuando viene á la tierra es tan pequeña como mi dedo índice. Me colocó á su lado en un carro tirado por estrellitas, y sobre los rayos de la luna subimos rápidamente hasta las nubes, penetrando á poco en su imperio. Unas veces bajábamos, otras subíamos, pasando por entre nubes pardas, negras, de oro ó de plata, según el diferente brillo de los astros, y siempre con una rapidez que me divertía mucho.

«Así llegamos á un magnífico pórtico, por donde se entraba al reino de la Reina Mab, la cual saltó de su carro que parecía un grano de arena de las orillas del Océano, y al punto que puso el pie en tierra se transformó en una mujer muy hermosa!... Ornaban sus desnudos hombros alas matizadas como las de los



pájaros mas bonitos, y sus ojos de color de zafir eran tan limpios como él. Llevaba una túnica de muselina de oro mas delicada y suave que los mejores tejidos del Oriente; sus cabellos de azabache caian en graciosos bucles sobre sus sonrosadas mejillas, y cintas de brillante púrpura sujetaban en sus lindos pies vistosas sandalias.

«Yo me arrojé á sus pies y la besé la mano; pero cuál no sería mi admiracion al notar que en todo me parecia á ella, pues tambien tenia alas, una túnica de oro, sandalias y franjas de púrpura!....

«Empecé á mover mis alas, y dándome la Reina la mano, penetramos en su reino. Tomamos una calle de gigantescas palmas, bajo las cuales inmensos aloes ostentaban con orgullo sus hermosas flores, al paso que á sus pies se miraban en las cristallinas aguas los lotos del Egipto, viendo yo con placer reunidos en aquella divina morada los árboles, las flores y las frutas de todos los paises de la tierra. Rozábamos el suelo como la golondrina los céspedes; las flores mas raras vivian sobre los prados al lado de las yerbas y del musgo, y observé que todo lo que se ofrecia á mis miradas celebraba mi llegada á aquel paraíso.

«Efectivamente, á medida que nos acercábamos, los lirios doblaban su pálida cerviz con gracia y majestad; las rosas reunidas en falange se inclinaban graciosamente dirigiéndonos tan atractivas sonrisas, que al pasar cerca de ellas besámos sus redondas mejillas y sus bocas odoríferas; las violetas nos enviaban sus saludos perfumados; el musgo estrechaba nuestro pie; la yerba abrazaba nuestras rodillas; y las flores acariciaban nuestras manos; los árboles encorbaban sus ramas como si quisieran hacernos una bóveda de verdura; los pájaros ajitaban las alas y prorumpian en dulces cánticos!.... y los sonidos se mezclaban tan bien á los perfumes, y los perfumes á los sonidos, que los cantos eran como las flores del aire, y las flores como notas visibles, y cada sonido, llevando un suave olor, penetraba en el alma, embriagándola con sus delicias.

«¿Reina Mab, si me muero de alegría, que dirá mamá?

«Esto dije y la Reina me miró con ternura, llevándome á un sitio del jardín donde se hallaban sentadas á una mesa todas mis amigas, muchas de mis compañeras de escuela, y la doncella que me cuidaba.

«Era tan sombrío aquel paraje, que la mesa se hallaba alumbrada por candelabros de lirios naturales blancos y amarillos, en los cuales brillaban los rayos de la luna y del sol, adecuados al color de los lirios, y que aquellos astros habian enviado á la Reina para alumbrar su jardín como gustase.

«Todo se servia en hojas naturales endurecidas por la varita de nuestra linda maga; hojas de malvas rizadas, hojas de parra

y otras, siempre apropiadas á los manjares. La Reina nos dió de comer un fénix, y para proporcionarnos un curioso espectáculo, cojió sus patas y colocándolas sobre los rayos que ardian en los candelabros, vimos renacer al fénix, el cual vuelto á la vida cantó divinas melodías que nunca he oído en la tierra.

»La Reina Mab nos dió de beber rocío fresco, y despues probamos un licor que nos dijo era el antiguo nectar de los dioses. Pero lo que nos gustó sobre todo fueron perfumes azucarados y helados, servidos en azucenas de todos colores; aquellos perfumes iluminaban la mente y llevaban la alegría al corazon, pues observé que muchas de mis amiguitas que no pasaban por muy despiertas, decian cosas particulares, y que otras, naturalmente tristes ó indiferentes, se convertian en alegres ó tiernas, de suerte que todas éramos felices sin saber por qué.

»Aquí llegaba de mi sueño cuando oí la voz de mi doncella, la cual me dijo:

»Levántate, que ya son las nueve.»

»Abrí los ojos, y dije con misterio: «qué gusto, haber vuelto á tiempo de dar la leccion de música!

—¿Duermes todavía, Leopoldina? ¿qué es lo que dices entre dientes?

—¿No has cenado conmigo en casa de la Reina Mab? ¿no has corrido en torno de la tierra sobre las nubes?

—Vamos, tú estás loca, ¿vas á empezar ya con tus cuentos?»

»Esto me hizo callar; pero yo seguí viajando con la Reina Mab, la cual me visitaba de vez en cuando. A riesgo de gastar las ruedas de su carro, me transportaba sobre los mares, á las entrañas de la tierra, hasta los yelos de los polos y los desiertos de la zona tórrida, á los grandes monumentos de los hombres, á todas partes, en fin, donde han aparecido los hombres, imponiendo leyes y tomando el bello nombre de rey! Mab evocaba la tempestad sobre las olas que habia reunido á nuestra vista, á fin de que yo pudiese admirar al hombre tranquilo en medio del peligro, calculando friamente todas las probabilidades de salvarse ó perecer. «Ah! exclamaba Mab entusiasmada, volviendo la calma al mar y el sol á las olas, el que lucha de este modo con el Océano y la tempestad, el que se atreve á cruzar esas grandes llanuras movedizas, merece ser rey de la tierra!»

»En seguida corríamos á las minas á visitar sus poblaciones sin sol, no menos osadas que las que bogan sobre los mares; recorríamos esas negras y subterráneas viviendas, vastas selvas sin verdura, caminos sin céspedes mas espantosos aún que las rutas del Océano! Veíamos arrancar á las entrañas del globo todos los metales útiles á la defensa del hombre, á la seguridad, al ornato de sus casas, al cultivo de la tierra; veíamos estraer el car-



bon que enciende los hornillos de donde salen todas las maravillas de la industria humana.

»A esas mágicas escenas sucedían otras no menos interesantes: asistíamos á la caza del oso en las montañas de hielo, á la del tigre en los desiertos, á la pesca de la ballena en los mares polares, y á la de Terra-Nova, donde estan reunidos en medio de los hielos los hombres de todas las naciones!...

»Una noche, disfrazadas de remeros con plumas de color de rosa, volábamos sobre el globo de monumento en monumento, de pirámide en pirámide, sobre las puertas de Tebas, sobre las ruinas del templo de Jerusalem, del Parthenon al Coliseo, y del Coliseo á las cúpulas de las iglesias, donde los santos se lanzan con sus mantos de piedra hasta las nubes!

»Mira, Leopoldina, me dijo la Reina, aunque los siglos muerdan algunas páginas de esas obras, no pueden devorarlo todo, y lo que queda de ellos basta para revelar las grandes civilizaciones de los pueblos que los elevaron. El pujante y misterioso gobierno de los ejipcios está encarnado en las pirámides; el Parthenon nos muestra esas artes maravillosas que hicieron á los griegos soberanos de sus mismos vencedores; el Coliseo nos dá una idea de la grandeza romana!... Los monumentos, querida mía, son para el que sabe verlos y comprenderlos la historia de las costumbres de las naciones.»

»De este modo me iba ilustrando la Reina Mab; pero papá quiso estudiar este hermoso país, y no queriendo abandonarnos me ha traído á España. Desde entonces no ha vuelto á aparecerseme mi querida Reina, á la cual no he visto desde que dejé la Inglaterra».

Tal fué el relato que de sus sueños me hizo la hermosa cuan-to entendida Leopoldina. Desde aquel día no dejé ni uno solo de hablarle de su querida hada, y tanto hice que llegué á persuadirle á fuerza de reflexiones y caricias, que todo aquello era producido por la vivacidad de una imaginacion exaltada con los cuentos que le habia narrado su ama de leche, supersticiosa como buena escocesa. Poco á poco fué olvidando la niña á la Reina Mab, y cuando al cabo de dos años se embarcó para Londres, los nuevos sentimientos que germinaban en su alma, habian auyentado esas fábulas. Es probable que las novelas que invente ahora sean hijas del corazon, y no como las que labraron la melancolía de una niña, cuyos padres se alarmaron no poco.

Deseo á todos los niños que lean esta historia, las doradas ilusiones que hacen el sueño mas dulce, que encantan sin per-

judicar; pero prohibo á la señorita Mab y á todas las que se le parezcan, que lleven tan allá su influencia con los niños que les hagan olvidar á las personas que bien les quieren, y sobre todo no estoy conforme con que las lleven á bailar sobre las estrellas, porque semejantes bailes cuestan demasiados tormentos á las madres cariñosas y solícitas.

TENORIO.

---

## CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

### Célebre mercancía de la Gran India y su historia.

Hoy vamos, oh lindas lectoras del *Mentor*, á hablaros de un objeto que sin ser sobrado frívolo, no por eso deja de ser interesante; á contaros la historia de la indiana, historia que no es la de una niña nacida en las orillas del Ganges, ni de una jóven americana, sino la relacion de los infortunios, de las prosperidades, de los reveses y las persecuciones de que á la vez ha sido víctima esa fina tela, ese simple tejido que con el nombre de *indiana* se ha esparcido en la actualidad por las cinco partes del mundo.

La indiana nació en la India, como lo indica su nombre, porque hace siglos, tal vez millares de años, que los indios tejen el algodón, cuya blanquísima pelusilla cubre sus fértiles campos; pero su industria ha ido mas lejos. Sobre esta tela trazan dibujos con los brillantes é inalterables colores que les suministran los vegetales del Indostan, y ya en la edad media los pueblos marítimos, aunque en corta cantidad, transportaban á Europa como preciosa mercancía esos tejidos de colores. Lo mismo sucede desde que los ingleses se apoderaron en el siglo anterior de la India, pues desde luego importaron á la Gran Bretaña entre otras cosas nuevas los chales y las telas pintadas ó indianas.

En tanto que los suntuosos chales penetraban en corto número en la morada de los ricos, mas modesta la indiana, pasó al dominio de la clase media, y si bien á causa de su rareza y su precio elevado apareció al principio como un objeto de lujo, no por esto se dignaron las personas opulentas llamarla para adornarse con ella y embellecer sus aposentos.



Pasando el estrecho de Calais, la indiana apareció en Francia modesta, sencilla y elegante, y á poco penetró en España, siendo perfectamente acogida en un país donde ni la lana ni la seda podian disputarla la primacía. Sin embargo, nuestros gobiernos, que no eran muy fuertes en economía política, fulminaron anatemas contra la pobre espatriada, y como al mismo tiempo imponian trabas á casi todo el comercio, y la industria fabril se arrastraba raquítica y miserable por el camino de la miseria y el abandono, la indiana fué adquiriendo boga, y penetrando en lo interior de las casas y aun de los palacios.

En aquellos tiempos de afliccion, no faltaron almas caritativas que se atrevieron á tomar á su cargo la defensa de la indiana. «¿Por qué la tratais con tanto rigor? decian á los gobernantes; la indiana es buena, de facil composicion y no aspira á destruir la lana ni la seda, con las cuales puede vivir en buena compañía. Puesto que gusta á las señoras, dejadla circular, y si es dañosa, si desagrada, no tardará mucho en ser olvidada.»

Sin embargo, el gobierno continuaba en su sistema de proscripción, y la indiana, á pesar de los decretos fulminados contra ella, sentó el pie en España, como no podia menos de suceder. Como las damas la tomaron bajo su proteccion, y todo el bello sexo se conjuraba contra los gobiernos y las aduanas; como el fisco no podia excluirla, se hizo ciego, y este es el día, amables niñas, en que la indiana, coqueta y linda como siempre, se pasea por España montada primero en los briosos caballos de los contrabandistas, y cubriendo despues las gallardas formas de las españolas.

---

## UNA MADRE ES LA FORTUNA DE UN HIJO.

---

En 1839 la casa de las diligencias presentaba un espectáculo interesante, á lo que dió lugar lo siguiente. Una niña, hija de una pobre mujer que ejerce el oficio de lavandera, volvía de Toledo á Madrid con una parienta suya, á quien la habia confiado su madre.

En la diligencia hizo conocimiento con un señor muy rico, segun parece, y que encantado de la hermosura, la gracia y la amabilidad de la niña, recibió un placer infinito en hablar con ella durante todo el camino. María (este era su nombre) gustaba á nuestro viajero tanto mas cuanto que era el fiel retrato y la viva imagen de un hijo que habia perdido hacia algunos años. Y en

efecto la semejanza era notable, tenia la misma fisonomía espresiva y vivaracha, las mismas facciones finas y regulares, el mismo modo de mirar dulce y lleno de inteligencia.

Entre tanto el coche habia llegado á la casa de postas; los viajeros saltaron en tierra, y la primera persona que divisó María, fué su madre, á quien no habia visto hacia seis meses. Correr hácia ella, arrojarle á su cuello y colmarla de caricias, todo esto fué obra de un instante. En cuanto al señor, que durante todo el camino habia colmado de atenciones á la niña, se hallaba totalmente olvidado; pero no habia perdido de vista á la encantadora niña, y únicamente se mantuvo á cierta distancia para que pudiese dar libre curso á su ternura filial. Luego, cuando el ardor de sus mútuos abrazos se hubo calmado, acercóse á la madre, y despues de cumplimentarla por tener una hija tan interesante, la dijo:

«Señora, he formado el proyecto de hacer dichosas á V. y á María, y de asegurar á ambas una posicion brillante para el resto de sus dias. Poseo un bonito caudal; ¿pero qué son las riquezas, cuando ningun afecto viene á embellecer la vida?... Privado hace mucho tiempo de una esposa á quien adoraba, de un niño que era mi esperanza mas querida, estoy solo, aislado, y arrastro una existencia triste y desgraciada..... Necesito una persona que se interese por mí, un apoyo para mi vejez, y este apoyo lo encontraré en María: sus preciosas cualidades, la bondad de su corazon y la amenidad de su carácter no me dejan duda alguna acerca de esto. Permitame V., señora, que adopte á su hija, que yo mismo cuide de su educacion, que me ocupe de su porvenir. Ya la tengo el afecto de un padre, y si me transmite V. el derecho y autoridad de tal, le aseguro que no tendrá de qué arrepentirse: un donativo de seis mil reales que voy á hacer á V. inmediatamente, y además la seguridad de que María será mi heredera universal muerto yo, pueden hacer á VV. mas dichosas que lo son hoy.»

Estas promesas eran muy seductoras para una pobre mujer que hasta entonces habia vivido con escasez, y sin embargo titubeaba, porque nunca consiente una madre en separarse de su hija sin una lucha dolorosa..... Llorando y no sabiendo qué partido tomar, interrogaba con la vista á su parienta: esta la aconsejaba que admitiese las proposiciones del generoso forastero, y los curiosos que habia atraído aquella interesante escena, unian sus instancias á las suyas, repitiéndole que iba á labrar la dicha de su hija.

Conmovidá con las súplicas de su parienta, y las personas que la instaban á que aceptase, tal vez iba á ceder la madre, cuando la niña puso fin á su incertidumbre arrojándose á sus brazos, agarrándose á ella y no queriendo dejarla, como si su inten-



cion fuese decirle: « lejos de tí ¿qué me importan las riquezas? ¡Una madre es la fortuna de su hijo!... »

El forastero, vivamente conmovido, fué el primero en retirar su proposicion; pero queriendo dejar á la encantadora niña pruebas de su munificencia, la aseguró una pension por toda su vida de seis mil reales anuales, con la cual podrán pasar ella y su madre dias felices y tranquilos.

## HISTORIETA CHINA.

Chí-Houang-Ti, soberano del celeste imperio, es decir, de la China, era en su juventud apasionado y colérico, de cuyos defectos le corrigió un anciano mandarín, su consejero y ministro.

Poseía el príncipe un caballo tártaro de gran belleza, al cual quería sobremanera, de suerte que no lo habria dado por el elefante mas hermoso del reino de Siam. Aquel magnífico animal murió casi de repente, y esta desgracia se atribuyó á descuido de un palafrenero de palacio.

El jóven monarca chino se irritó al saberlo en tal extremo que empuñando una lanza cayó contra el pobre diablo, resuelto á atravesarle con ella.

Asustado de semejante violencia, el mandarín Jent-Tsé separó el golpe y dijo á Chí-Houang-Ti:

« Divino amo, este esclavo vá á perder la vida sin conocer el crimen que ha cometido: yo voy a instruirle, y me encargo de su castigo. »

Entonces, cogiendo el ministro la lanza, y asestándola al pecho del esclavo, le dijo:

« Infeliz! escucha la lista de los crímenes que has cometido. Primeramente has dejado morir un caballo que tu amo te habia confiado; despues eres causa de que nuestro augusto monarca se haya encolerizado tanto que ha querido matarte con su propia mano, y mancharse con la sangre de un miserable como tú; pero hé aquí el mayor de tus crímenes. Tú tienes la culpa de que mi príncipe haya pensado deshonorarse para con los pueblos y los reyes, luego que hubieran sabido que habia matado á un súbdito suyo por un caballo!... Mira, infame, si eres digno de piedad!

—Basta, mandarín, basta, exclamó el monarca ocultando su turbacion; déjale ir en paz, pues le perdono su falta. »

Así es como gracias á su admirable prudencia supo el hábil mandarín librar al infeliz de una muerte segura, al mismo tiempo que daba al jóven y fogoso déspota una leccion indirecta de clemencia y humanidad tan justa y severa que se acordó de ella toda su vida.—Y luego dirán que los chinos no tienen talento!

### LA JARDINERITA DE LAS FLORES.

La botánica no es el arte de hacer botas de cuero, por mas que diga el *sábio* Chic-Clac. La botánica es aquella parte de la historia natural que tiene por objeto el estudio de los vegetales, vasta y difícil ciencia que se divide en gran número de partes. Elegiremos la mas agradable para hablaros de ella hoy, y esto muy brevemente. Es la que tiene por objeto el cultivo de las flores. Las flores son los mas bonitos de todos los vegetales, pero tambien los menos útiles. Son, relativamente á los otros que sirven para alimentar la especie humana, ó curarla de las enfermedades que la afligen, ó en fin á procurarles alguna sólida ventaja, lo que es la hermosura comparada con la sabiduría. La hermosura solo es brillante y solo atrae un homenaje frívolo y pasajero: el que se tributa á la sabiduría es sólido y constante, y dura mas allá de la tumba. Hé aquí por qué, amiguitas mías, vale mas, cien veces mas, ser juiciosas que hermosas: la belleza, sin embargo no perjudica.

Vamos, pues, á daros un pequenito tratado de jardinería, muy cortito, porque vosotras sois pequenitas y pequeños son los jardines que vuestros padres, en recompensa de vuestra buena conducta, os permiten cultivar en un rincon de su gran parque ó de su gran jardin. Por lo demás, no conocemos recreo mas agradable para una jovencita, que el cultivo de las flores; no conocemos otro que mejor las convenga. Casi todas las demás clases de recreos se limitan á causar placer al que se entrega á ellos. Se adquiere cierto aire de egoista, de un ser frio que se ocupa solamente de sí mismo, cuando se juega al aro, á la pelota, ó con las muñecas, ó se levantan castillos sin cimientos, esos castillos de naipes que un soplo derriba, como el despertar destruye los sueños, esos castillos en el aire del que duerme. El placer de la horticultura no es para la jovencita jardinera de flores un placer egoista, porque puede tener por objeto una amable sorpresa que se piensa hacer á la buena mamá, al querido papá. ¡Con qué encanto entonces no se cultivan flores que se destinan á un uso tan lindo! ¡Qué dulce satisfaccion no se procura á esos buenos padres, á los que se les debe todo, cuando se viene, el día de su fiesta, ó en las épocas solemnes del año, á ofrecerles flores que solo para ellos se han cultivado! La jardinería se convierte entonces en recreo agradable y útil á sus semejantes; no es siempre necesario ofrecerles objetos á los cuales den ellos algun valor. Las palabras consoladoras que llevan la calma y la esperanza al corazón aflijido; los procederes llenos de delicadeza, la manifestacion del celo que se tiene en querer agradar; en una palabra,



todo lo que procura al alma una dulce emocion, es una cosa útil. Ay! no veis las lágrimas de ternura de esa buena madre, cuando vé venir hácia ella su hijita, colorada de placer, con un ramo de flores en la mano, un ramo, que en el mercado costaría una friolerilla? Es porque al ver ese ramo dice para sí la buena madre: «mi hija ha pensado en mí, como yo pienso en ella. Para mí ha sembrado, regado, cultivado esas flores que hoy me presenta. He estado en el pensamiento de mi hija todo el tiempo que ha gastado esta flor en adquirir su completo desarrollo.» Despues, sed testigos de esas caricias tan vivas; ved esos cuatro brazos, dos pequeñitos y dos grandes, que se enlazan, esas dos cabezas conmovidas que se separan para volverse á juntar con amor, y figuraos esa misma sangre que ajita dos corazones, uno de la hija, el otro de la madre; y decidme si el cultivo de las flores no es una cosa mas que agradable.

Mas para ser una buena jardinera de flores, para lograr hermosas flores en su jardincito, no basta el celo, la fogosidad y el buen deseo; se necesita tambien sobre todo mucha observacion, mesura y paciencia. Las cosas no llegan súbitamente á su último grado de fuerza ó de hermosura. Poco á poco se forma todo y se completa. No es menester que una jovencita quiera imitar á los jugadores de manos, que hacen ó que mas bien aparentan hacer flores en menos de un minuto. Dios sabe mas y mucho mas que ellos, y Dios ha prohibido á las rosas ser capullos y flores abiertas casi al mismo tiempo.

Ante todo la jardinera de flores debe saber bien su tratadito de jardinería, hacer despues la aplicacion con oportunidad, y espere luego el resultado de su trabajo.

Vamos á dejar que hable Frasquita Armina, una jovencita de nueve años que cultiva con muy buen resultado un jardinito en la casa que su padre posee no lejos de esta corte. Escuchad á Frasquita:

«Mirad: primero es menester procurarse un escardillo, un rastrillo, una hazada, una regadera, todo proporcionado al cuerpo y á la fuerza del cultivador. Tambien conviene procurarse un carreton para transportar la tierra, la arena y retirar la basura. Luego que se tienen todos esos instrumentos, el primer cuidado, para dar principio á un jardin, es quitar todas las piedras, todas las yerbas del terreno que se quiere cultivar. Despues se caba, se rae y se allana la superficie con el revés de la hazada. Luego se divide en partes iguales. Estas partes se llaman tablas ó acirates. Así que el jardinito está bien trazado, que los linderos y las direcciones están bien marcadas, es menester ocuparse en el modo de cercarlo ya para preservarlo de las visitas indiscretas de algunos animales, ya para asimilarlo mas á los grandes jardines que están cercados.

Para este cerramiento se puede escojer lo que se llama *seto muerto*, es decir, objetos que no crecen, que no viven; madera seca por ejemplo, ó piedras ó tejas. Si se prefiere un *seto vivo*, se plantará todo al rededor del jardinito, avellanos, ogiacantas, grose-lleros silvestres, alheiras ó bojés. Esto es en cuanto á la parte exterior. Ved aquí ahora para cubrir los acirates del interior. Para estas guarniciones es menester escoger plantas de tallos cortos y flores pequeñas. Las belloritas de los campos son buenas, las violetas, las clavellinas rosadas. Se puede tambien emplear el cesped. Al presente que hemos amparado las lindes y acirates es menester ocuparnos de lo que estos últimos contendrán. Pero antes, es necesario acordarse de que toda exposicion no es indiferente al desarrollo de las flores. Hay flores que nacen en donde otras no prosperan. Si vuestro jardinito está expuesto al sol no se han de sembrar en él flores que apetecen la sombra. Se encontrarían mal en libertad, como las pobres religiosas, habituadas á la calma y media luz de la celda, se encontrarían fatigadas en medio de la mucha luz y del estrépito de una plaza pública. Las violetas, las primaveras, las campanillas blancas, la yerba doncella prefieren la sombra. Se parecen á las jovencitas, modestas y tímidas á quienes dá vergüenza de que las vean. Son flores muy bonitas y muy amables. Igual cosa sucede á toda la familia de los Narcisos, cuyas flores blancas, bajo la espesa sombra de un árbol, parecen estrellitas caidas del cielo negro de la noche; los jacintos de campana, el humilde lirio de los valles, y el lirio siempre altivo y majestuoso á pesar de la catástrofe de sus tres patrones, el lirio siempre rey de los jardines, porque en los jardines no hay motines, el lirio que siempre sucede á su padre en ese trono mas antiguo que ningun trono entre los hombres, el lirio, rey de los jardines desde una eternidad, como el leon en los desiertos del Africa, como el águila en las nubes que dominan los montes helados.»

Despues de esta leccion que Frasquita Armiña dá á las jovencitas de su edad, añade este consejo: «no conviene regar con exceso, ni laborear de más la tierra, ni descascarar mucho, y sobre todo no se ha de trasplantar con demasiada frecuencia. Cada una de esas cosas debe hacerse á propósito.»

Ibamos á dirigir á la diestra y linda Frasquita todavia algunas preguntas, para referiros las despues; mas nuestra conversacion terminó aquí. «Dispense V., caballero, que le deje, me dijo, señalando una flor del parque donde estábamos, mas ya nos hallamos en abril.» Y despues añadió, mirando otra flor: «ya son las tres, papá debe llegar á esta hora, uno de los dias primeros de abril; voy á ver si tendré la dicha de darle hoy un abrazo.» La detuve un instante, y la pregunté si eran las dos flores que acababa de mirar las que le habian indicado, una el mes del año, y la otra la hora del dia. «Si señor, me respondió,



las flores de este jardín me sirven de relój y de calendario. ¿Podrías, la dije, enseñarme?...» Me interrumpió sonriéndose, y me entregó un papel diciéndome: «Tome V. ese papel que contiene el calendario y el relój.» En seguida me hizo una graciosa reverencia y la comparé, al verla así, á una hermosa rosa que se inclina con gracia impulsada del viento y se vuelve á levantar lijéramente. Ved aquí, lectorcitas mías, una copia del papel de Frasquita, el cual puede servirnos si no al presente, mas adelante tal vez.

## RELOJ DE FLORA

ó

*Descripción de ciertas flores que abriéndose ó cerrándose pueden indicar las horas del día.*

Sucesión de las horas empezando por la 1 de la mañana.	Nombres de las plantas que se han de observar.	Horas en que se le- vantán ó despliegan las flores.	Horas en que se ausentan las flores, esto es, ho- ras en que se cierran.
1	Barba cabruna. . . . .	de 1 á 3 de la m.	
2	Pieridium tingintanum. . .	de 2 á 4 de la m.	
3	Leontodon tuberoso. . . . .	de 3 á 4 de la m.	
4	Lirio pajizo. . . . .	4 de la m.	
5	Adormidera de tallo desnudo.	5 de la m.	
6	Nenufar blanco. . . . .	6 de la m.	
7	Alyso de pellejitos. . . . .	7 de la m.	
8	Anagida de los campos. . .	8 de la m.	
9	Lechuga cultivada. . . . .		9 de la mañana.
10	Crepis de los Alpes. . . . .		10 de la mañana.
11	Cerraja de los campos. . . .		11 de la mañana.
12 m.	Cerraja lapona. . . . .		Medio día.
1	Crepis encarnado. . . . .		la 1 de la tarde.
2	Arenaria. . . . .		las 2 id.
3	Calendula pluvial. . . . .		las 3 id.
4	Hieracium pilosella. . . . .		las 4 id.
5	Hieracium de quitasol. . . .		las 5 id.
6	D. Diego de noche. . . . .	6 fin de la t.	
7	Geranio triste. . . . .		
8	Calendula de los campos. . .	7 de id.	
9	Sileno de noche. . . . .		8 de la noche.
10	Cactus de grandes flores. . .	de 9 á 10 de la n.	
11		de 9 á 10 id.	
12			

Desde las once á media noche reposa la naturaleza entera. Esta hora solo está señalada por la terminacion de la flor del cactus: esa flor tan hermosa y que dura tan poco, separa la nieve que la cubre, para ver al sol empezar de nuevo su gloriosa carrera. Entonces los musgos y junqueras, esos árboles en miniatura, cuyos órganos son tan menudos y delicados que apenas se les distingue con un lente, brotan á pesar de los rigores del invierno; y esas plantas tan pequeñas y en la apariencia tan débiles, florecen y fructifican en una temperatura helada, que mata los olivos y otros árboles grandes y robustos.

Veis, mis queridas lectorcitas, que por medio de este almanaque y este relój de Flora, se puede escusar en campo un relój y un pronóstico. Amad las flores, niñas mías, pues son el emblema de vuestra edad por la franqueza y lucimiento; mas pasan rápidamente como ella, pareciendo que la naturaleza ha querido enseñarnos que lo que solo brilla en la superficie y no tiene utilidad real, no merece vivir largo tiempo, mientras que ha dado una larga duracion á grandes vegetales, que se llaman árboles y que son útiles al hombre, ya sea que den frutos, ya no los den, porque en el primer caso sirven para mantener al hombre y en el segundo calentarle y amueblar su casa. Aprovechad, pues, amiguitas mías, al entregaros en las horas de recreo al cultivo de las flores, aprovechad los dias de vuestra infancia, para que esta infancia dé sus frutos, que son cualidades amables y sólidas virtudes.

## HISTORIA SAGRADA.

(Concluye el capítulo anterior.)

REINO DE JUDA.

V.

**Muerte de Zacarías y de Joas.**

Muerto Joiada, los sectarios de Baal levantaron la cabeza, y rodeando al rey de seducciones y lazos de toda clase, consiguieron arrancarle el permiso de restablecer el culto de sus ídolos.



Desde entonces quedó desierto el templo del Señor, y la multitud inconstante corrió á los bosques consagrados á los dioses falsos.

Joas seguía siempre el culto del Señor; pero veía la impiedad, la toleraba, y aun la animaba con su debilidad.

La cólera del Señor estalló contra el reino de Judá. Al principio procuró por medio de sus profetas atraer el pueblo al verdadero camino; pero inútilmente. Los mismos grandes, los que se acercaban á Joas eran los mas corrompidos.

Entonces determinó Dios castigar al culpable pueblo, y cuando hacia cuarenta años que el reino de Judá disfrutaba los beneficios de la paz, el Señor suscitó contra él un enemigo terrible. Hazaél, rey de Siria, asolaba el reino de Israel, hasta entonces el único culpable; pero penetró en Judá, apoderóse de la ciudad de Jeth, y envanecido con semejante triunfo, marchó sobre Jerusalem con su victorioso ejército.

Joas se llenó de terror al saber esta noticia, y deputó enviados á fin de que preguntasen á Hazaél el motivo de sus quejas y averiguasen á qué precio quería otorgarles la paz. El rey de Siria consintió en alejarse con tal de que le diesen los inmensos tesoros colocados en el templo y en el palacio por Josafat y sus sucesores.

Hazaél se llevó los despojos de Jerusalem, lección terrible que no cambió la conducta del pueblo, el cual permaneció siendo fiel al culto de los dioses falsos.

No siendo escuchados los profetas del Señor, Dios escogió uno á quien el pueblo amaba y respetaba, Zacarías, uno de los hijos del gran sacerdote Joiada.

Zacarías se dirigió al pueblo y con valor criticó su impiedad amenazándole con la cólera de Dios.

Esta noble conducta irritó á los príncipes de Judá, y temiendo que el nuevo profeta adquiriese para con Joas el imperio que tenía su padre, decretaron su muerte.

Para ello dijeron al rey que Zacarías osaba criticar su conducta y quería sublevar el pueblo.

Joas, el débil Joas, consintió en la muerte del hijo de su bienhechor.

«Os entrego ese sedicioso, dijo á los príncipes, y puesto que merece la muerte, la gratitud que debo á su padre no debe asegurarle la impunidad.»

Apenas se habia fulminado esta sentencia, los señores insurreccionaron al pueblo, el cual armado con piedras corrió en busca del profeta.

Encontráronle en el vestíbulo del templo, y sin tener en cuenta su nacimiento, su ministerio, ni la santidad de sus costumbres, le quitaron la vida cruelmente.

El día de la venganza no tardó en llegar. Dios dejó al pueblo un año para que se arrepintiese; pero como permaneciera en la impiedad, escitó contra él á Benadad, hijo de Hazael, rey de Siria.

Este príncipe llegó hasta las puertas de Jerusalem; y reuniendo Joas un ejército inmenso, salió á disputarle el paso.

Pero el Señor combatía con los sirios, y derrotado el pueblo de Judá, oprimido por sus enemigos, Joas cayó en su poder.

Los sirios insultaron al rey vencido; colmáronle de vergüenza y confusión, y después le enviaron á Jerusalem.

Joas, maltratado y herido, entró en la ciudad de sus padres como un proscrito.

Los malos tratamientos de los sirios le obligaron á permanecer en cama, lleno de achaques y de dolores.

Zabad y Jozabad, ambos extranjeros y amigos de Zacarías, resolvieron vengar su muerte, y penetrando en el palacio de Joas, le dieron de puñaladas en su propio lecho.

Así acabó Joas: digno de ser comparado con los mas ilustres de sus antepasados, se le vió seguir sus huellas é imitarlos, mientras tuvo á Joiada que le aconsejase; pero luego que perdió aquel ilustrado sosten, se mostró capaz de cometer los mayores crímenes, engañando las grandes esperanzas que habian hecho concebir á los fieles de Judá la proteccion milagrosa del Señor y los primeros años de una juventud irreprochable.

